

V

Ya era mediada la mañana cuando recibí de Ramona carta suya. La leí inquieto, temeroso de algo, y no pude dejar de preguntarle cuando hube concluído:

—¿Pero ha venido el señorito?

—Hoy á las siete. También ha venido don Eduardo.

Se fué. Jamás Elvira y yo habíamos hablado de su esposo. Para mí no existía realmente. Siempre he ignorado cuáles fueron sus subterfugios para crearse aquella autonomía tan cercana de la independencía. Hoy, luego de largas meditaciones, todavía me es incomprendible la psicología de aquel hombre.

Sentí la misma indignación de un poseedor legítimo al ser despojado. ¿Qué derecho era el suyo sobre Elvira? Me acometieron deseos de demandarle judicialmente.

Fueron días de horrible aislamiento. Mi hastío se hacía aún mayor en aquellos lugares lle-

nos de cercanos recuerdos. Encima de los muebles favoritos flotaba la sombra ausente y usurpada. Todo me decía la ignominia del robo; todo me hablaba de ella con insidia burlona, haciéndome rememorar el aroma de sus caricias gustadas por otro. ¡Y no había ley para impedir aquel desafuero!

En la glacial soledad de las mañanas, el lecho hacíase insoportable; desierto donde había el simoun sepultado el oasis, casa desierta plena de fantasmas queridos. Y paseaba mi tedio por las habitaciones, por el jardín, cogiendo campanillas azules y haciendo, como en los días dichosos, coronas de madre selva, con las que ella jugaba á coronarme poeta príncipe. Los espejos tenían el vacío de su figura. La fuente, el campo, la vereda propicia en las tardes de ensueño, el sol... Todo estaba bajo la fascinación de su ausencia. ¡Oh, días inacabables de recogimiento, desolados días laxos, me hicisteis justipreciar el valor de mi dicha!

Ramona iba todas las mañanas; llevábase mi carta y entregábame la por ella escrita. Cartas plenas de incoherencias y de palabras febriles cuya lectura me traía la visión de su imagen inclinada encima del papel, con la nariz vibrante, contraída la boca, y gustando refinadamente el peligro, posesa de un deseo vampiresco.

El terrible D. Eduardo imposibilitaba toda audacia. Me conocía, y el recuerdo de su mirada inteligente y suspicaz hacíame visible la imposibilidad de engaños.

No fueron aquellos días de descanso físico, no. Mis nervios tremaron á su evocación como al contacto de su cuerpo. ¡Cuántas veces, despierto, vidriáronse mis ojos, y cerré los brazos para aprisionarla intangible! Torné á vivir escenas juveniles, placeres solitarios de las épocas de colegial. Recuerdo vivo de las noches en que sobre el hondo silencio del dormitorio, el rítmico trepidar de las camas era metrónomo de placer; y cuando en las veladas de estudio el Plinio era el alcahuete de otro libro encendido de palabras y grabados obscenos. La imaginación, don de artistas, fué don maléfico para mí. Merced á ella, volví á gozar todas las horas intensas de amor. La veía, la oía, la sentía junto á mí. Desde el beso primero en el balcón, velados por el veneciano tapiz, hasta la tarde en que su cuerpo fué luminoso sobre la blanca seda, repitiéronse las escenas una á una. Me estremecí otra vez con los mismos estremecimientos y otra vez agoté las mismas energías. Era un placer sádico digno del divino marqués; un lento suicidio con el más antiguo de los venenos, con el perfume del veneno eterno, germen de vida y de muerte: el veneno

Mujer. ¡Cuán parecidas sensaciones á aquéllas he experimentado escribiendo estas páginas!

Me lo dijo en una de sus cartas. No sé si era gracioso ó indignante. «Don Eduardo le hacía el amor. Ella sólo pensaba en mí. Su marido conocía mi nombre por haberlo ella pronunciado en supremos instantes en que debiera pronunciar el suyo.» Me propuso, para podernos ver, que me procurase un disfraz y acudiese aquella noche al *Moulin Rouge*; había convencido á su esposo y D. Eduardo no sería obstáculo, pues sus ideas religiosas prohibíanle ir á este espectáculo... cuando iba gente conocida. No olvidó decirme la numeración de las butacas.

Actor ninguno ha cuidado su caracterización como yo la mía. Sorprendíame hallarme tan cambiado. Unas patillas, distinto color y orientación al bigote, y un traje exótico, obraron el milagro. Hubiera paseado la máscara sin temor ante las personas más familiares á mi trato. Casi sentí que no los acompañara D. Eduardo.

En el *Moulin Rouge*, una parodia del café *Concert Parisien*, se exhibían bailarinas, cupletistas y mujeres guapas, sin otro don ni habilidad. Generalmente dejaban para último número el más saliente del programa, y era entonces la rivalidad de dos maravillosas danzantes, sendos arquetipos de lo moreno y de lo rubio. Llegué un

rato antes que ellos. Elvira atavióse con el mantón—¡aquel mantón que debiera ser afrodisíaco atributo!—y algunos claveles sangrando sobre el corpiño blanco, daban á su figura algo cocotesco. El pelo, partido por una raya en dos grandes tinieblas, realzaba su cabeza bravía. Todas las miradas puestas en ella tenían ese brillo lúbrico, delator de deseos. Fuimos maestros en disimulo. Casi no la miré durante la noche; mi medio cuerpo superior era indiferente al suyo, pero unidos por la incitante opresión de las piernas, llegamos hasta el postrer número. De aquella rivalidad de dos reinas de hermosura y despreocupación hice entonces un apunte que copio:

«Una música de aristocrático encanallamiento surge prevaricadora y truhanesca. Se agitan las adamascadas cortinas y los asientos quédanse vacíos. Afluye la gente, riñe, se apretuja por conseguir puesto cercano. Ondas eléctricas recorren como un latigazo la multitud, y todos los deseos, todas las aspiraciones, toda la vida del momento converge en la juntura hermética de las purpurdas cortinas, tras de las cuales ella va á aparecer.»

«Blanca, escultórica en toda la magnificencia de su divina carne maculada, aparece sonriente y desdeñosa. Sus ojos tienen el color del ensue-

ño: son azules. Su cabellera fué hilo en la mágica rueca que hiló oro en los cuentos de hadas. Todo en ella es regio: se da á los artistas, odia al vulgo «espeso y municipal», anhela aventuras extraordinarias. Su cuerpo es gallardo y flexible, aconsonantado con el ritmo de una marcha torera. Y destacándose del fondo multicolor de una decoración caprichosa, la máxima realeza de su silueta de domadora de hombres se dibuja como un símbolo pagano é inmortal.

»Después, mientras recita con exquisita picaresca intención las desgracias cómicas de un anciano libidinoso ó nos hace creer en su maestría como profesora de «masage» ó nos enumera en un *couplet* donoso las tres edades del amor, va majestuosamente de uno á otro de los extremos del escenario para repartir equitativa la fastuosa merced de ser vista de cerca.

»Á veces, envuelta en reflejos distintos, aparece mordorada, casi luminosa, ofreciendo el problema de averiguar si ella emerge la luz ó si llega de afuera para caer serenamente sobre su espalda, ¡oh piel viciosa y caritativa! Luego, serpentina y lenta, devana la infinita curva de un baile. Entonces su sonrisa es vertiginosa, su imagen simboliza la Lujuria, vestida con manto de Pureza, y su brazo extendido, á cuyo extremo florece el lirio de su mano, tiene el secreto de la supre-

ma perfección carnal. ¡Reina! ¡Cuántas veces habrán vestido tus encantos desnudos con un manto de besos ó de envidias!

»Y el público aplaude, aplaude frenético. Algún elegido arrójala una flor que ella hace más frágil colocándola entre la insinuación mórbida de su seno. Tiene que descorrerse muchas veces la cortina y aún no estamos conformes. Sus apasionados necesitarían tres eternidades para ahitarse de la contemplación de uno solo de sus encantos.

»Hay un descanso. Después la orquesta ritma las tristes cadencias que, heredadas de nuestros abuelos moriscos, son cantos populares en la abrasada tierra del Sol. Agítanse otra vez las adomascadas cortinas; se inclinan todos los bustos en un movimiento de atención esforzada: es la otra reina.

»Un patio andaluz en fiesta. Gregoria, atrayendo toda la atención, aparece jaleando con jacaerosa alegría el desmayado cantar. Hay después sevillanas, tangos, y después, inauditamente, enarçada en un paso difícil, con algo de frenesí en sus negros ojos hipnóticos, sale á bailar.

»Se contorsiona, se retuerce, se crispa. Todo su cuerpo vibra convulsionado. Crujen sus dientes, adelanta el seno con una lentitud espasmódica; un descoyuntamiento erótico deforma bellamente su carne. Languidece un momento, agotada, jadeante, y de pronto torna á erguirse triunfal, cual fiera embravecida en la lucha. Y castañean envarados sus dedos, y se contrae en un rictus lascivo su boca, y fulgen descentrados sus ojos, y en el paroxismo de aquella danza epiléptica se desarticula su lúbrica figura tremante. Y sacude la negra melena y ruge y se desespera y se multiplica, y sus pies imperativos y furiosos producen al chocar rápidos contra el pavimento un tableteo colérico y pasional.

»¡Oh hembra! Cada una de tus actitudes tiene la total expresión de la Andalucía gráfica; cada uno de tus movimientos posee la ineludible incitación de una sensualidad trágica y salvaje!

»Luego, entre las palmas y los gritos de una juerga fingida, comienza de nuevo á bailar. Es su pareja un hombre interesante, seco, que en su pasada encarnación tuvo que servir de modelo á D. Francisco de Goya y Lucientes. Su cuerpo tiene una nerviosidad incomprensible y en la expresión de su rostro una cicatriz ancha es dramático recuerdo de una hombría lejana y brutal.

»Nacieron para bailar juntos. Sus movimientos se completan. Son actores de una pantomima desenfadada y carnal. Las ondulaciones, los manoteos, los giros de ella, responden á ademanes, á gestos, á incitaciones de él. Todas las torturas de la carne, y el deseo y el vicio, todo toma gesto en el harmónico danzar y en la cara extraña de ese hombre, que se ha escapado de un aguafuerte del maestro para venir á ser la pareja de baile de esta reina...

»Comienza el desfile. Extinguen su luz los grandes focos y en una penumbra más discreta y más íntima esperamos verlas bajar. Algunos viejos conquistadores aguardan también y cuando ellas llegan hacen sonar groseramente su plata, mientras las miran codiciosos. Por donde quiera que ellas van se abre una calle alfombrada de piropos y ofertas. Y detrás de ellas, un murmullo respetuoso es estela de soberanía.»

Aún guardaba estas notas, que al publicarse excitaron celos que hubieron de promover una de esas disputas agradables que halagan nuestra vanidad.

Elvira se sintió contaminada por aquel ambiente de orgía. Su pierna oprimió la mía con creciente solicitud y vi en sus ojos el brillo te-

rrible que yo conocía tanto. ¡Feliz su marido aquella noche!

Dos días más de separación me hicieron sufrir nuevos dolores. Todavía recuerdo fragmentos de nuestras cartas. Escribía ella:

«¡Cuánto bien y cuánta angustia la otra noche! ¡Tenerte tan cerca y no poder abrazarte hasta que te crujieran los huesos como aquel día! ¿Te acuerdas? Estabas hermoso con las patillas y con aquel continente de persona formal. Cuando estamos solos has de volver á disfrazarte así... bueno... ya me entiendes. Mañana se va D. Eduardo, ese D. Juan que pretende hacerme faltar á mis deberes de esposa. ¿Por quién me habrá tomado ese libertino? Marcha á París. El legítimo aún estará aquí varios días. Adiós. Siendo pasos. Un beso, mil, en la boca... donde tú quieras.»

Las mías eran más apremiantes:

«También sentí análogas emociones que tú en el teatro. Acerca de él experimento ideas vagas, contradictorias muchas. Á veces le hubiera martirizado, escupido; toda la violencia y odio eran en mí contra él, y otras hubiese devocionado sus manos sólo porque saben todos los secretos de tu cuerpo. Estoy desesperado, loco. Paso gran parte del día urdiendo estratagemas para acercarme á ti. He pensado vestirme de mendigo y

subir y demandarte limosna de un beso. No extrañes cualquier visita desconocida. ¿No se te ocurre á ti algo?»

Y se le ocurrió. Su carta trajo al siguiente día instrucciones extensas para regir por ellas mi conducta. Fué preciso poner un telegrama desde algunas estaciones distantes y tomar el tren allí provisto de toda clase de equipaje para dar á la ficción aspecto de viaje real. Yo era su primo Julio, un primo fantástico. Nos habíamos criado juntos y me decía los nombres de sus más remotos parientes. (Á uno de ellos lo maté para abreviar una explicación.) Llegaría de noche, yendo á visitarlos en seguida. Contra mis prevenciones, ellos estaban en el andén.

—¡Julio! ¡Julio!

—¡Prima!...

Me presentó á su esposo, quien obligóme á tutearlo:

—Habiéndoos criado juntos... Con lo que Elvira te quiere... Llámame Rafael á secas.

Cenamos juntos, y la mesa fué Celestina de nuestra maldad. ¡Cuántas veces he proyectado escribir el elogio de ese tutelar mueble. Antes de salir me preguntó Elvira:

—¿Cuándo te marchas?

Dije el día anterior al indicado por ella para el viaje de Rafael.

—¿Vendrás mañana tempranito? Si no irá éste á despertarte al hotel.

—Sí; mejor será que yo vaya á buscarte.

—Adiós.

Y hube de estrechar ceremoniosamente, ante su marido, una de sus manos hipócritas, que ya en la intimidad de la alcoba se habían mostrado como eran. ¡Manos impuras, manos blancas, adorables manos, insaciablemente viciosas, que todo lo sabían!...

VI

Entre sollozos, rogándome no la descubriese, me dió Ramona la trágica nueva:

—La amita echa mucha sangre por la boca... hace ya tiempo, señorito: lo menos lleva veinte días. Ella me ha encargado que no le dijera á usted nada.

Otro más humano que yo se hubiera alejado de una mujer á quien mataba y de quien recibía la muerte. Yo sentía la tisis en mí. Pero nunca gocé tan intensamente como entonces sabiendo el precio de nuestras caricias. Siempre tuve instintos crueles. De niño, reñía con las criadas por que me dejasen matar las gallinas y palomas dedicadas al sacrificio. ¡Era tan grato sentir en la yema del dedo la exhalación tenue de la vida que se extinguía! Joven, me aburrían las pantomimas y los payasos en el circo y sólo gozaba placenteramente aterrorizado cuando algún funámbulo arriesgaba su vida en un ejercicio difícil. Hombre, la voluptuosidad del peligro, de la

sangre, del dolor y de la muerte es axiomática para mí. Confieso admirar á De Quincei, inquietante humorista que ha escrito un libro acerca del asesinato considerado como una de las bellas artes.

Exaltado por esta idea, sellamos un convenio mudo: desafiar la muerte, hacer que nos sorprendiera enlazados, medio agonizantes de placer, y así, darle hecha la mitad de su obra. Organizamos excursiones campestres. Correteábamos como en los asuetos infantiles, para caer al fin jadeantes sobre el musgo humedecido y oloroso, á la protección encubridora de la fronda.

Escasearon ya los días de sol y los aprovechamos largamente. Después se sucedieron días de niebla y de frío. Después...

Recatándonos uno de otro, pusimos excitantes en la comida recurriendo á afrodisíacos impre-
cisos, llenos del temor de agotarnos.

Bajo los álamos seculares resurgió la leyenda ancestral de la violencia, porque yo sentía en mí el placer de apoderarme de lo que no se me hubiera negado; ella se resistía para que yo triunfase al fin brutal ó hábil como un dios pagano. Fué ninfa á las orillas del río y bacante en el bosque y yo tritón y sátiro. Retamos al Omnipotente asumiendo las culpas que en la feliz edad sin historia y sin preocupaciones él castigase

con lluvia de fuego. Durante los días luminosos, sintiendo la alegría de aquel sol que iba á desaparecer, promovimos en nuestros nervios un perenne estado de tensión. Y cuando los días nublosos y húmedos fueron llegados, la pasión, en vez de extinguirse, cambió de aspecto. En la gris languidez de las mañanas turbadas por ráfagas frías vi hacérsele transparentes las manos y pálido el rostro. Las horas, siempre sensuales, se enlazaban como un cortejo fúnebre: cortejo de mártir glorificando al dios por el cual iban al sacrificio. Su sonrisa se hizo dolorosa y violada. Toda ella se utilizó y la carne impoluta bañábase en frecuentes sudores. Aquellas ojeras pasionales agrandaron su cerco, haciendo más profundos sus ojos, que brillaban con esa intensidad de las llamas postreras. Y era exquisita la seducción de esa melancolía macabra envolviéndonos en su red inconsútil.

Rafael le escribía regularmente y también recibimos de D. Eduardo una tarjeta insinuante suscrita en París. Al fin concertamos el viaje de retorno. ¡Bajo cuán distintos auspicios! Al cruzar por las estaciones nos parecía no haber pasado por allí desde mucho tiempo, al principio de nuestra vida. Hacía frío y las ventanillas permanecieron cerradas. ¡Cuanto simbolizaba dicha tenía en nosotros un recuerdo distante nimbado

de sol, ¡siempre el sol! ahora oculto tras de la nube cóncava y densa. ¡Entonces sí sentimos pesar en nuestra desdicha la desolación del horizonte plumizo! La noche fué larga y la pasamos unidos en quietud somnolente. Al ser de día quise ayudarla en su tocado, pero mis manos inexpertas quitaron el sostén del artificio gentil de su pelo, cuya cabellera se desbordó cubriéndole la cara y los hombros en una oleada negra y perfumosa. Ella reía llamándome torpe.

—¡Oh, qué hermosa, qué hermosa estás!

Su rostro dulcemente exangüe, enmarcado de ébano, recordaba un agua-fuerte de Felicián Rops. Le dije:

—Vamos á vivir aquella escena de Maeterlink que tanto te gusta: ¡Quiero bañarme en tu cabellera!

Se alzó y yo me puse de rodillas para recibir el bautismo. El día era noche á través del océano grave de sus trenzas. Equivocadamente le pregunté:

—¿No pasa algún ave agorera? Es necesario un cuervo para completar la ficción.

—¡Ay, sí, muchos, muchos, míralos!

Y su voz surgía angustiada y tremolada, henchida de terrores. Allá lejos, las aves hundían sus picos en un montón pútrido y dos de ellas

realizaban la más alta función de vida sobre aquellos despojos muertos.

La separación fué penosa. Elvira prosiguió el viaje, mientras yo hube de aguardar prudente el paso de otro tren. De noche recibí carta suya, una epístola pesimista y extraña que me produjo frío. Me aconsejaba cuidados, prometiéndome tenerlos ella: «Jamás junto á ti me he querido escatimar la vida. Si hoy lo hago, es para repornernos y tornar á ser felices otra vez. Estoy yerta y el recuerdo tuyo me reanima. Siento infinitamente la soledad. Nos veremos pronto, á condición de jurarnos mesura: por nuestro bien, créeme, Julio, es por nuestro bien. El lunes le toca de guardia».

Nos citamos en un café alejado del centro; uno de esos cafés refugios de los amantes perseguidos. Era día de fiesta y decidimos emprender un paseo por el parque. Ya hacía seis días que no nos habíamos visto. La aprecié más blanca, esa blancura espectral en donde hay algo no sé si de amarillo ó de morado, y también más alta, con una esbeltez que me sugería algo ultraterrenal. Estaba desconocida: ella tan loca me repitió otra vez sus consejos: «Debíamos no querernos tanto; éramos harto criminales»... Pero las llamas de sus ojos desmentían el buen platicar que iban desgranando sus labios.

El paseo desarrollaba su cinta cenicienta do-selada de fronda triste. Lejanamente resonaba el rumor dominical. Marchábamos llena el alma de la gris melancolía de la tarde, tarde adusta de otoño donde surgían con lírica desolación los bancos solitarios y las fuentes secas, abandonadas. Frías ráfagas plañían en los árboles, y era la ofrenda autunnal, hojas secas de muerta amarillez que se arrastraban por el polvo del camino como una derrota. En el trágico silencio augusto, sus cabellos rebeldes á la corrección del peinado insinuaban caricias hacia mi frente. Hicimos un alto, para proseguir después la marcha desmayada y lenta. Como me abrochara el cuello del abrigo, me interrogó Elvira:

—¿Tienes frío? Diríase una tarde de Enero.

—No sé si es frío ó un poco de fiebre.

—Á ver.

Impuso sobre mi frente la aristocracia de su diestra. De pronto hízose una brecha en la muralla de nubarrones y el sol magnificó con su pompa áurea la agonía del atardecer. Un dragón llovió de improviso en la fuente la linfa bulliciosa irisada de vivos matices. Lejos, percibióse el enlace de otra pareja de enamorados. Por la blancura de su mano cruzó un estremecimiento sensual que hizo arder mi frente. Las bocas divorciadas volvieron á juntarse, y todo el pasado ar-

dimiento tuvo un revivir en aquel momento de oro.

Cual esas pasiones sin hogar propio, nómadas, se paseó la nuestra por las casas hospitalarias cuyos techos han cobijado tantos amores, tantos deseos y tantas ruindades. La contrición y los proyectos prudentes duraron muy poco. Ya no queríamos escatimar la vida: llegamos hasta el fúnebre sibaritismo de apuntar las fechas del comienzo de la enfermedad. Cuando supo Elvira que yo había tenido espadañadas de sangre me preguntó entre incrédula y esperanzada:

—¿Tú también?

—Sí, Elvira, sí... Hace varios meses.

Hubo un silencio cargado de visiones macabras. Al fin dijo con gesto de cruel alegría:

—No te juzgo capaz de fingirte enfermo para consolarme. Creo en ti y me alegro: así no gozará otra mujer ese cuerpo que yo quiero tanto.

Sería preciso recurrir á los grandes héroes de la epopeya para encontrar dignos émulo á nuestro estoicismo ante la terrible hoz que después de segar incansable mil generaciones aún logra inspirar miedo. Recuerdo detalles terribles: solíamos llevar fiambres para merienda, y sin afectación, con frío deseo de suicidarnos, los aderezábamos con jengibre, exaltando hasta un grado superlativo los deseos. La menta llegó á sernos

inofensiva. Fumé keff, inyectóse morfina y bebimos éter. Y esta avaricia de placer, este refinamiento de quintesenciar las sensaciones, influyó en todos los actos de nuestra vida: llegamos á comprar nardos y lirios que hollábamos después en el lecho.

Siempre he sido raramente sensible á la belleza de las manos, y así las hallaréis en esta narración tal vez con excesiva frecuencia. Ni vi ni espero ver nada tan digno de simbolizar la poesía y la muerte como sus manos: cuando las tendía ó las posaba inmóviles, semejaban manos de cera sin brillo y muy largas, muy largas; del fondo negro de su traje se destacaban cual cifras de pura idealidad; sobre el blanco, parecían manchas amarillentas; al interpretar algún fragmento de música—¡oh querido y odiado Beethoven!—sólo se distinguían del óseo teclado por el tinte azul que aflaba sus uñas. Hay un encanto que tiene en mi visión interior recuerdo casi tan preciso: el enigma de sus labios, graciosa línea roja que contrastaba con su lividez. Pero sus manos, sobre todo la diestra, dotada con no sé qué expresa distinción, las conservo más distintamente. Podría decir hasta el número de arrugas insinuadas en las falanges. Hoy es mi aparición desprendida, cercenada por la muñeca sin nada sangriento, en esos estados de hiperestesia á donde me ha con-

ducido la suerte haciéndome creer que era yo mismo quien me conducía. ¡Triste mano agónica, mano eucarística, pecadora mano sentimental!

Y bien sé que todas estas rarezas son fenómenos de mi enfermedad. Leyendo este manuscrito he observado, como pudiera hacerlo un doctor, síntomas frecuentes de una degeneración definida por el empleo abusivo de algunas palabras, el adjetivo «trágico», por ejemplo, y la obsesión de las sensaciones táctiles mezcladas con algo sutilmente dominador, casi siempre expresado por el adverbio «sobre». También caracterizan *mi caso* algunas aliteraciones de sonidos y la exuberancia de calificativos que comunican al estilo una frondosa y lujurianté tensión muy opuesta á mi serena sobriedad antigua. Antes fui aficionado á los estudios de psiquiatría y esta dolorosa coincidencia me permite darme cuenta de mi dolencia. He podido comparar con los síntomas más autorizados por la experiencia todos los míos en un paralelismo completo: la persistente manía de romper esa barrera que separa el placer del dolor y confundirlos, el ritornelo exacto al evocar momentos descritos en párrafos anteriores, raras preocupaciones del aspecto mórbido de todas las cosas. Y es verdaderamente terrible que aún me quede un poco de lucidez

para comprobar estos detalles. Soy como un pobre hombre que se hiciera á sí mismo la autopsia. ¿Verdad que todo esto es muy triste?

Tengo un crimen, una inhumanidad de que acusarme: una noche, por humorada, le anuncié mi infidelidad cuando ella muriera, y asomóse á su cara un dolor tan bello, lloró tan bien, que muchas veces repetí la broma para darme el espectáculo de su llanto. Fué la última vez en su casa, estando de servicio su esposo. Llovía, esa lluvia tenaz con que amortaja el otoño la vegetación muerta. Me atreví á subir, y sentado junto á ella, envueltos por la penumbra crepuscular, le dije:

—Apenas mueras habré de buscarte sustituta. Hundida la cara en un boa de piel sollozó largo rato. Entonces quise consolarla:

—Ya sabes que no, vida mía. ¿Quién puede sustituirte? Nadie te reemplazaría á ti; te vería en todas las mujeres. Acuérdate de nuestra muy admirada Ligeia.

—¡Cualquiera, cualquiera! Me hace sufrir mucho. ¡Ya te queda muy poco tiempo!

—¡Elvira!

Cogí una de sus manos y la percibí flúida, raramente flúida y resbaladiza. Se alzó del asiento alejándose de mí con pausado andar. Frente al balcón, recortó su esbelta silueta, y por primera

vez pasó incorpórea ante mis ojos, sin despertar ningún deseo, casi espectral. El gato saltó inauditamente desde una butaca, enarcóse y luego se puso á describir en torno de ella curvas cabalísticas. Elvira, poseída de terror, huyó, pero él seguía sus pasos como si fuera consciente ó tuviese que realizar alguna secreta misión con aquellas enigmáticas y tenaces circunvoluciones.

—¡Échalo, Julio!

Perseguí al gato, en cuyo lomo había fulguraciones eléctricas, y me fué preciso un esfuerzo de voluntad para sustraerme al miedo pueril que torturaba á Elvira. El gato no me tenía miedo. Al acercarme puso en mis ojos la fosforescencia de los suyos; después los volvió hacia donde ella seguía gritando:

—¡Échalo, échalo!

Voluntariamente, sin ruido, con ese andar solapado característico en la raza felina, alejóse al fin. Elvira vino á refugiarse entre mis brazos sudorosa, aún emocionada de terror.

—He tenido mucho miedo, Julio.

—Pero ¿de qué, alma mía?... ¿Por qué has de estar nerviosa siempre?

—No quiero volver á hallarme con el gato. Diremos á Ramona que hoy mismo lo mande á otra parte. ¡Me ha mirado de una manera!

El cuervo superstición voló sobre nosotros.

Sin luz, temblando de frío, no tuvimos en toda la tarde uno de aquellos momentos felices. Caía el agua con monotonía abrumadora y el viento murmuraba fuera cosas que, sin entender, temíamos. Hablamos muy poco. Sumidos en silencio letárgico, nos sobresaltábamos insólitamente á cualquier ruido, como si aguardásemos la llegada de alguien. Dos veces desvaneci6se en colapsos, de los que se repuso luego de hacerme pensar en un trágico acabamiento.

—Me has asustado mucho, nena.

—¿Creías que me había muerto ya? Cuando yo muera quiero que me cierres los ojos.

Y lo decía sonriendo con sonrisa triste, más penosa que el llanto. Yo me sentía bañado en ondas de infinita tristeza, y acariciábala susurrando á su oído frases infantiles: «¡Reina de mis ojos, lucero, gloria mía!» Después dijo ella:

—¡Cuán triste es ser querida así y tener que morirse!

—¿No prefieres el cariño de Dios á mi cariño?

—No... Además, yo no he de ir al cielo, bien lo sabes.

Un reloj sonó siete campanadas lentas: la hora de la separación. Nos levantamos del asiento. Besé suavemente en su boca. Fuimos enlazados hacia el balcón y apoyé la frente en el cristal sin experimentar sensación de frío.

—No quiero que te asomes hoy, hace mucho aire.

—Déjame, tal vez no vuelva á verte nunca.

—¡Tonta!

Cuando iba á salir, Elvira lanzó un trágico grito penetrante.

Sobre el fondo del cortinaje, en la hierática actitud de una esfinge, mostraba el gato sus dos esmeraldas vivientes, consteladas de puntos dorados.